

CARTA PASTORAL AL CONCLUIR EL ENCUENTRO NACIONAL ECLESIAL CUBANO

La Habana, 20 de marzo de 1986

A todos los sacerdotes, personas consagradas y laicos de nuestra amada Arquidiócesis:

Queridos Hermanos y Hermanas:

No era fácil para la Iglesia Católica en Cuba situarse de cara a la realidad histórica de nuestro país y reflexionar sobre su misión siempre actual que debe encontrar caminos de realización en un contexto político y cultural nuevo y cambiante como es el nuestro.

Las dificultades para tales consideraciones se originaban en factores diversos: algunos externos a la Iglesia y otros internos a ella, que han sido suficientemente analizados en otras ocasiones. De todos modos, a fuerza de no tocar ciertos temas, nuestros oídos se habían habituado al silencio y las palabras para expresarnos no aflúan fácilmente a nuestros labios.

El fruto más significativo de este proceso de Reflexión Eclesial Cubana ha sido el de poner a nuestra Iglesia en condiciones de escuchar, en ambiente de oración y con profundo sentido evangélico, el lenguaje de los hombres y mujeres de hoy, cualquiera que sea su credo religioso o su ideología política, y comprender por esta vía que el cristiano no solo no es ajeno a las incidencias concretas de la vida económica, política y social, sino que, por su misma fe en Cristo, debe ser un participante activo en el esfuerzo por construir una sociedad siempre más justa y humana, un mundo donde los factores de conflicto se superen para alcanzar una paz cierta y estable, una civilización donde la verdad y el amor no sean meras palabras vacías.

Una vez tomado el pulso del acontecer real para abrir ante nuestros ojos en abanico las grandes inquietudes que los cristianos compartimos con todos los que buscan el bien, sea acerca del trabajo, la juventud, la familia, la mujer, nuestra cultura y sus características o de tantos otros asuntos que tienen que ver con cada ser humano y con la sociedad considerada en su conjunto; hemos contemplado también, teniendo en cuenta esa realidad nuestra, con mirada renovadora, a la Iglesia y sus estructuras; a fin de organizar mejor el laicado, y establecer un sentido de corresponsabilidad eclesial que se manifieste en una participación más activa de los sacerdotes, personas consagradas y laicos en la estructuración y puesta en práctica de una pastoral de conjunto que responda a los requerimientos de la Misión evangelizadora sentida y, finalmente, elegida como esencial prioridad pastoral de nuestra Iglesia.

Se hacía necesario, como complemento normal y expresión adecuada del camino recorrido por el pensar y el sentir de los cristianos cubanos en intercambios innumerables y fructíferos, una palabra que pudiera trazar sendas, iluminar zonas oscuras y desconocidas, desbrozar selvas tupidas de obstáculos y prejuicios.

Si difícil resultó acostumbrarnos a escuchar la voz exigente y hasta a veces estridente del mundo actual y de la historia, más difícil nos fue hallar la palabra que no encubriera una simple reacción, que fuera respetuosa y comprometida a un tiempo, que supiera abarcar la realidad descrita, ¡y a veces redescubierta!, sin quedar atrapada en las redes tramposas del desaliento, de la queja o aun de la fría descripción descomprometida. Había que plasmar en cada término, y en todo un Documento, ese hálito de esperanza, esa consistencia propia del amor cristiano, esa seguridad nunca

autosuficiente del que habla desde la fe. Y así surgió el Documento de Trabajo como expresión de todo lo vivido y anhelado.

Después, el Encuentro Nacional Eclesial Cubano nos mostró que los Delegados al mismo, en su inmensa mayoría, se habían habituado a escuchar con atención y a expresarse con respeto; que ellos al menos estaban haciendo la experiencia de una Iglesia que es capaz de captar la realidad con sereno discernimiento y de encontrar una palabra apropiada y precisa para, con los matices propios del amor, expresar las aspiraciones más hondas y formular aún los sueños más sublimes.

Esta es una Iglesia que ha encontrado la posibilidad de escuchar y de expresarse, es decir, de entablar ese diálogo elemental que le permite ser la Iglesia Encarnada, sólidamente presente en la vida del pueblo del cual formamos parte.

No podemos, en esta hora inmediatamente posterior al ENEC, olvidar que la reflexión recogida en el Documento de Trabajo y enriquecida con tantos aportes en cada Diócesis, primero, y en el Encuentro Nacional Eclesial, después, se inició y se hizo consistente en nuestras comunidades, con la participación activa y entusiasta del pueblo de Dios en cada parroquia o iglesia.

Si los participantes en las Asambleas Diocesanas y los Delegados al ENEC han tenido el privilegio de aprender a escuchar con atención y a decir con respeto la palabra oportuna, esto los compromete en su presbiterio, en sus comunidades religiosas y en sus comunidades parroquiales y eclesiales, a llevar de nuevo a la base de donde partió, no solo el conjunto de formulaciones emanadas del ENEC y el Documento Final para ser conocido y explicado, sino también el espíritu del ENEC: ese estilo de atención y respeto, que recibe y acoge seriamente aún la crítica, y que sabe expresarse en tono de confianza y compromiso, con sentido de participación eclesial y social.

El Documento Final del ENEC debe ser reflexionado y puesto en práctica en cada una de nuestras comunidades en el mismo clima de trabajo serio y participativo que tuvo el Encuentro Nacional Eclesial y su preparación. Es necesario que se haga en cada parroquia un verdadero Encuentro Parroquial Eclesial en el cual todos tomen parte. El pueblo de Dios, el hombre o la mujer sencillos de cualquier comunidad eclesial, tienen que hacer suyas las conclusiones y prioridades del ENEC, y esto no se logra explicando magisterialmente, con utilización quizá de palabras técnicas, el Documento Final a un auditorio pasivo, sino por la participación activa de todos en verdaderas asambleas eclesiales, donde los acuerdos del ENEC, traducidos a un lenguaje comprensible, puedan ser asumidos personalmente por todos los cristianos. Solo así se beneficiará toda la comunidad eclesial con el espíritu de conversión y renovación descubierto por los Delegados al ENEC como un don de Dios y que es el medio normal donde la Iglesia debe revitalizar también su carisma evangelizador y capacitarse para ser una Iglesia Encarnada, o sea, vivamente presente entre los hombres al modo de Cristo, que se hace uno de nosotros y comparte nuestra suerte, marcada aún por el dolor, para desde dentro de nuestra misma historia anunciar la Buena Noticia de la Salvación que constituye para todos «una gran alegría».

Todos ustedes, queridos fieles católicos, después de haber seguido paso a paso la preparación del ENEC y sus incidencias acompañando los esfuerzos de los Delegados y organizadores con su oración asidua y fervorosa, una vez concluido este evento, esperan una palabra orientadora. Gracias de veras por este interés que demuestra cuán hondo es su espíritu eclesial. Esto me llena de alegría.

Realmente ahora comienza para las parroquias el trabajo más arduo y creador: hacer vida y verdad en nuestra Iglesia la inmensa riqueza que el ENEC nos ha aportado.

Por tanto, una vez transcurridos los días solemnes de la Semana Santa, durante el tiempo Pascual, se prepararán en todas las comunidades de la Arquidiócesis sesiones informativas sobre el ENEC y su significado, con la participación de los Delegados al ENEC cuando esto sea posible y utilizando los medios que tengamos a nuestro alcance: impresos, audiovisuales, videocassettes, etc.

A partir de Pentecostés, fecha en que estará terminado de preparar el Documento Final, se organizarán en cada Parroquia o iglesia los Encuentros Parroquiales y Eclesiales (EPEC), los cuales, beneficiándose de la savia vital que fluye del gran Encuentro Nacional, harán posible que todos los fieles sean actores comprometidos en esta hora de la Iglesia.

La Pascua Joven, las convivencias de jóvenes y adolescentes y las próximas reuniones vicariales y diocesanas de matrimonios tendrán como tema central el ENEC y su influencia en la Misión de la Iglesia.

Por este medio convoco también al Consejo Diocesano de Pastoral para su reunión reglamentaria de este año 1986 a fin de estudiar nuestro Plan Pastoral Diocesano a la luz de las conclusiones y prioridades del ENEC. Esta reunión tendrá lugar en la Casa Sacerdotal Padre Félix Varela los días 19 y 20 del próximo mes de abril.

Vivimos un momento excepcional en la historia de la Iglesia en Cuba. La Reflexión Eclesial Cubana y el ENEC serán juzgados por su poder transformador y renovador en el orden de la Evangelización, y acerca de esto tendremos que responder todos nosotros.

El paso de la Cruz de la Evangelización por todas las iglesias de La Habana está unido providencialmente a la preparación inmediata y a la puesta en práctica del ENEC en nuestra Arquidiócesis.

El deseo de recibir las sencilla cruz de madera que nos recuerda el sacrificio redentor de Cristo, la acogida en los hogares a los misioneros encargados de visitar a los enfermos o a otras personas, el fervor de las celebraciones con la participación numerosa de fieles del barrio, todo esto nos invita a prestar atención a aquella palabra apremiante y sugerente de Jesús: «Levanten los ojos y contemplen los campos que están ya dorados para la siega» (*Jn 4, 35*).

Llamamiento este que nos llega formulado por el ENEC como prioridad pastoral: queremos que nuestra Iglesia sea evangelizadora. Es hora, pues, de levantar los ojos y el corazón.

Si hasta aquí la Reflexión Eclesial Cubana pudo desarrollarse tan admirablemente ha sido gracias a la oración de toda la Iglesia. Solo una Iglesia orante puede ser también una Iglesia Encarnada y Evangelizadora.

A la oración de ustedes confiamos este tiempo nuevo que se abre para nuestra Misión. Que la Virgen de la Caridad, Nuestra Madre, Estrella de la Evangelización, en cuyas manos pusimos desde el inicio nuestros proyectos, nos sostenga también en esta nueva etapa.

Con afecto y gratitud los bendice su Obispo,

+ JAIME
Arzobispo de La Habana